

BIBLIOTECA

*Los Grandes Filmes*

DE

LA NOVELA METRO - GOLDWYN



EL  
CAPITÁN  
SALVACIÓN

POR  
Pauline Starke  
Lars Hanson  
50 cts.

20



BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

LA NOVELA METRO - GOLDWYN

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 4423 A

BARCELONA

---

**EL CAPITÁN SALVACIÓN**

Emocionante cinedrama, interpretado  
por

**Pauline Starke y Lars Hanson**

Producción:

**METRO-GOLDWYN-MAYER**

Distribuida por

**METRO - GOLDWYN - CORPORATION**

• • •

**Mallorca, 220 - Barcelona**





## EL CAPITAN SALVACION

### *Argumento de la película*

Esto comenzó en la primavera de 1840, en la pequeña villa de Maple Harbour, a orillas del mar, cerca de Bostón.

Una mañana de verano cierta linda joven despertó con sus gritos de júbilo a todo el pueblo.

—Dénsen prisa, señores. El “Lucía Foster” está llegando...

Y los pescadores se dirigieron rápidamente a la playa donde en el pequeño puerto estaba ya atracando el hermoso velero “Lucía Foster”.

Iba en el barco, entre otros pasajeros, Campbell Anson, muchacho de la localidad

que había estudiado en el Seminario de la capital.

Su tío, el severo señor Pedro Anson, le aguardaba igualmente con los otros pobladores de la villa. ¡Era tan interesante aquel mozo! Y quien daba más muestras de impaciencia era María, la linda joven que desde el amanecer había estado de atalaya vigilando la aparición del velero.

Atracado el barco, Anson desembarcó, corriendo a saludar a sus convecinos.

Sonrió alegremente a las muchachas, con aquel carácter franco y jovial que a todos agradaba.

—¡Vaya! — comentó en voz baja una mujer al oído de otra—. Me parece que el Seminario no lo ha cambiado mucho. Ahí lo tenemos en mangas de camisa y canturreando.

—¡Buen curita vamos a tener! ¡Siempre alegre y bullicioso!

Anson fué a saludar a su tío, espíritu puritano, grave.

—Pero, ¿has olvidado la dignidad que



vas a representar, sobrino? — le indicó don Pedro.

El muchacho enrojeció. ¡Se estaba tan cómodo de aquella manera! Pero en fin, iría a vestirse como querían los demás.

Después estrechó afectuosamente la mano de María, su novia, la muchacha delicada y fragante con la que se casaría pronto.

María era hija de un pastor protestante y deseaba también que su futuro marido ocupase aquella dignidad.

Lentamente, acompañado de su tío, de algunos íntimos amigos y de María, se dirigió Anson a la casa del primero.

Ya instalado en ella, se despidió de cuantos habían ido a saludarle y murmuró junto a María, contemplándola en el fondo de sus ojos con dulce adoración:

—Espérame esta noche cerca del barco perdido.

—No faltaré, Anson.

Sonrieron los dos, y el joven acercó su rostro al de ella como si quisiese darle un beso furtivo...

Su tío, con otro pescador, veía de lejos la escena de los dos enamorados.

—¿Estás seguro, Pedro, de que Anson abrazará el estado religioso con verdadera vocación? — preguntó el segundo—. Si se casa, ¿será un buen pastor de almas?

—Eso lo dirá el destino que ni tú ni yo podemos dirigir — contestó gravemente don Pedro.

Marcharon todos. Anson fué a su habitación a vestirse correctamente como su tío le había indicado antes. Era verdad, necesitaba parecer en todo un hombre serio, pero en el fondo tenía el joven unos grandes deseos de reír...

Aquella noche el futuro pastor se dirigió a la costa donde ya le esperaba María. El mar, oscurecido, les rociaba con sus olas poderosas. Hacía fresco.

Solos los dos enamorados se decían al oído la gloriosa canción de sus ensueños.

—¡Qué feliz seré el día que te vea en el púlpito de mi padre! — le decía ella.

—Tal vez no tardarás en verlo. Y nos ca-



saremos... Y ámame siempre, María, ámame siempre como yo te quiero a ti...



—...ámame siempre como yo te quiero a ti...

Y puso en uno de los dedos de María un anillo de oro.

Ella juró quererle toda la vida y permanecieron unos momentos abrazados hasta que el rugir de las olas les obligó a regresar.

—¡El Nordeste! — dijo Anson contemplando los terribles nubarrones que corrían encrespados por el viento—. Vayamos a casa de nuestro amigo el pescador Manuel y allí estaremos a salvo de dar una zambullida.

Y fueron a la barraca de Manuel levantada junto a los acantilados y encontraron en ella a su dueño, un viejecito simpático y moreno, de barba blanca, con otros dos pescadores que estaban dispuestos a devorar una fritada de peces.

Los acogieron con fraternal amistad y todos juntos se sentaron a la mesa.

Luego, una vez llenos los estómagos, y rociados con un buen vino, todos sintieron se alegres y dichosos de vivir.

Anson, riendo, dijo a los pescadores señalando a uno de ellos, un sujeto curtido y grueso:



—Yo te aseguro, Zek, que únicamente con la mirada voy a romper el cinturón que llevas puesto.

—¡Vamos! ¿Me tomas por tonto? Todavía no estoy embriagado.

—¡Hechos, amigo mío! Vamos a verlo — indicó Manuel.

—Ahora mismo — dijo Anson, con una gran carcajada.

Disimuladamente dió algo a su novia María, un pequeño cuchillo que ella escondió entre sus manos.

—Vamos a empezar — dijo Anson.

Y clavó los ojos en el rostro de Zek que estaba nervioso en espera de la realización de aquel milagro.

María se colocó detrás de Zek y sin que nadie se diera cuenta de la maniobra, con la hoja fina del cuchillo partió de un solo golpe el cinturón, y éste en dos pedazos cayó al suelo, ante el general asombro de los pescadores.

—¿Véis? ¿Véis — decía Anson rien-

do—, cómo tengo poder de magnetizador?

—¡Pues es verdad!

—¡Cualquiera lo diría, chico! ¿Y tan alegre como eres y tu tío quiere hacer de ti un sacerdote? Mucho lo dudo — advirtió Zek.

Algo iba a contestar el buen mozo cuando penetró en la barraca un marinero con una linterna en la mano.

—¡Favor! ¡Favor! — dijo—. ¡Vengan todos! ¡Está naufragando un barco!

—Y con una noche así... — gritó Anson, atemorizado.

—¡Pobre gente! — suspiró María.

Inmediatamente se pusieron los impermeables y requiriendo sus linternas se lanzaron hacia la playa.

De toda la aldea corrían grupos hacia el alborotado mar. La lluvia saltaba sobre las aguas que rugían encrespadas, rompiendo en torrentes de espuma.

Tiraron varias barcas al mar y lanzaron cables salvavidas, logrando recoger a la mayoría de los náufragos. Entre los que lo-



graron salvar figuraba una hermosa y joven mujer, desvanecida por la impresión.

Don Pedro Anson se encontraba también entre los que auxiliaban a los náufragos y después de dar órdenes convenientes para que se les proporcionase a todos ropa y alimentos, como así se hizo, trasladándolos a las barracas de los pescadores, acercóse al grupo que formaban varias personas rodeando el cuerpo empapado de aquella linda mujer, depositada en el suelo.

No osaban tocarla, como si alguna extraña maldición rodeara a aquella criatura de infortunio.

El joven Anson la contemplaba con emoción, extrañándole no la levantaran y acogieran como a las demás.

Don Pedro proyectó la luz sobre aquel cuerpo de facciones oscuras y delicadas, y murmuró una maldición.

—¡Ya sabía yo que esa mujer nos traería mala suerte! — dijo.

María estaba junto a su novio, sintiendo también por la náufrega una infinita pena.

La sin ventura volvió en sí. Sin ánimo para levantarse, abrió los ojos paseándolos por los grupos de pescadores y volviéndolos a cerrar en seguida como si le hiciesen daño.

—Han debido dejar que se ahogase — dijo Pedro—, ¿por qué queremos a esa... miserable aquí?

La desdichada se estremeció, sus párpados se levantaron dejando ver las redondas pupilas ennegrecidas por el espanto.

—Si usted, viejo avaro, no me hubiese expulsado de aquí, no hubiera ocurrido ésto — murmuró ella.

Anson preguntó, sin comprender, a su tío:

—Pero, ¿quién es esa mujer?

—Es una mala pécora que expulsaron de Boston y de aquí. Se llama Bess Morgan. Residió aquí durante varios meses. Tuvi-  
mos que echarla por su conducta escandalosa.

Ella tuvo aún fuerza para protestar:

—No, no, yo no hice daño a nadie, a nadie.



—Bueno, ¿y qué hacemos con ella? — gritó un pescador.

—¡Que la lleven a la cárcel que es donde debe estar! — dijo don Pedro.

Bess se estremeció y Anson intercedió por ella:

—No debemos olvidar que es un ser humano — dijo a su tío—. Debe ser atendida. Ahora está sufriendo y nuestra obligación es socorrerla.

—¿Estás loco de remate? — rugió su tío—. ¡Que se lleven a esa mujer de aquí y la metan en la cárcel!

—Usted no debe ordenar eso, tío — protestó con viveza Anson—; esta desdichada está enferma, no puede ser trasladada a un sitio tan penoso como la cárcel. ¡Ea, la amparo yo!

Y ante la estupefacción y el asombro de aquellas almas poco caritativas, Anson levantó a la mujer, la puso en sus brazos y se dirigió con aquel peso a casa de Manuel, el viejecito pescador cuyas puertas se abrían para todos los dolores.

Pedro rugió de indignación ante la conducta de su sobrino, y María no pudo evitar contra su voluntad, un mohín de pena.



Anson levantó a la mujer...

¿Por qué su novio se tomaba tanto interés por aquella desgraciada? Y los celos hicieron su aparición.



\*  
\*\*

Al día siguiente las vecinas hicieron sabrosos comentarios sobre el acto realizado por el joven Anson.

—Parece mentira, un chico tan formal, y metido en estos enredos. ¿Es que Anson no sabe que esta muchacha bailaba danzas inmorales en Boston?

—Allí vivía en continua orgía.

—Nosotras debemos tomar medidas inmediatamente para impedir ese escándalo.

—¡Pobre Anson! ¡Ay, si se fía de la mujer demonio!

En realidad aquella pobre muchacha era bien digna de indulgencia.

Huérfana y abandonada de todo el mundo, había trabajado como bailarina en un humilde café de Boston hasta que un ca-

nalla, abusando de su bondad e inocencia, la hizo madre.

Imposibilitada de trabajar unos meses antes del nacimiento de la criatura del pecado, refugióse en la villa de Maple buscando allí el buen corazón de las gentes.

Nació el niño y alguien trajo a todo el pueblo el soplo de que la madre era soltera.

Pareció que habían sido ofendidas de repente toda aquellas gentes hipócritas que pecaban ocultamente, horrorizadas, no del escándalo propio, sino del ajeno.

El niño murió unos días después y la madre fué expulsada ignominiosamente de la aldea, siendo Pedro Anson el que tuvo mayor empeño en que partiese. ¡Oh, la moral ofendida! ¡Oh, las madres víctimas de una sociedad que nade hace para remediar los bárbaros y desatados instintos de los hombres!

Tampoco en Boston pudo residir la desdichada mujer, pues la bola del odio crecía



y amenazaba con perseguirla hasta la otra parte del mundo.

Embarcó en aquel puerto; un temporal hundió el barco en que ella viajaba, precisamente ante las mismas costas de la aldea de Maple. Y he ahí que ahora volvía a caer en la misma cueva de sus carceleros y tal vez hubiese sido trasladada a la cárcel de no interponerse la nobleza generosa del joven Anson.

Mientras tanto, Anson, en casa del pescador Manuel, cuidaba de la desgraciada criatura. Ella, lentamente, iba recobrando la salud y sus miembros volvían a adquirir agilidad, entumecidos por el frío del mar.

—¿De modo que usted es Bess Morgan?

— le decía él, recordando los feroces insultos de los pescadores.

—Sí, yo soy — contestó ella—. ¿Y por qué no me trata usted tan mal como todos esos pescadores, que quisieran verme en el infierno?

—¡Oh! no debe usted hablar así — dijo

Anson, pretendiendo tranquilizarla—. Nosotros sólo queremos ayudarla.



—¿De modo que usted es Bess Morgan?

—Pues tengo miedo. ¡La vida me ha tratado tan mal! Todos quisieron ayudarme al principio, y después...



Calló repentinamente para volver a continuar como atormentada por una obsesión:

—Mi pobre niño murió... Gracias al diablo mi niño murió. Le hubieran matado también esas gentes.



—¡La vida me ha tratado tan mal!

Anson, conmovido por el dolor materno, dejó a la muchacha después de proporcionarle unas burdas ropas de marinero para su vestido, y lentamente se dirigió hacia la casa de su tío Pedro.

Por el camino tuvo que respirar el ambiente cargado de veneno de la aldea. Las comadres le asaetaban con sus miradas crueles. Loco, ¿por qué había protegido a una mujer condenada por las gentes honradas?

Su tío le recibió hoscamente con la expresión sombría del hombre ofendido que por primera vez ve rebelarse a los que le rendían autoridad.

—¿Y bien? — rugió, amenazador—. ¿Volviste a la razón?

Calló Anson, sin atreverse a protestar contra el viejo. ¿Cómo decirle que su deber le obligaba a ayudar a Bess Morgan?

—¡Responde! — gritó su tío, enfurecido, levantando el brazo como si fuese a pegarle—. ¿Has dejado ya a esa... mujerzuela? ¿Cuándo pensáis ponerla de patitas en la



calle? Desde ayer no se puede respirar en este pueblo. ¡Miasmas infernales lo invaden!

—Usted no puede juzgar a esa mujer — protestó el joven—. Usted no sabe verdaderamente quién es ni lo que ha sufrido.

—Estoy más enterado que tú de muchas cosas... Esa infame te ha trastornado el seso. ¡Véte, véte de aquí y no vuelvas hasta que esa desdichada esté a mil millas de distancia! ¡Que nunca más se vuelva a hablar de ella!

Disputaron violentamente y Anson volvió a alejarse conviniendo en que su situación comenzaba a ser violenta en un pueblo donde de tan absurdo modo se entendía la caridad cristiana.

Lentamente volvió a casa del marinero Manuel. Este se hallaba en el comedor acompañado de Bess, que vestía ropa varonil.

Una mujer, la peor lengua del barrio, acercóse de puntillas ante la puerta, husmeando lo que allí dentro hacía la náufrega.

Al ver a Manuel se escabulló rápidamente con el temor de que descubriesen su investigación.



—Mi pobre niño murió...

Manuel se echó a reír y comentó luego: —He leído en la punta de la nariz de la señora Perkins que está loca por saber lo que ocurre. Pues, no lo sabrá...

Manuel acercóse a la acogida en su hogar y le entregó varias prendas femeninas



que había adquirido poco antes en una tienda del pueblo.



—Usted no puede juzgar a esa mujer...

—Vístase usted con ellas, así no habrá de usar un traje impropio.

Y volvióse de espaldas, mordiendo su negra pipa, mientras Bess se dirigía hacia el

tocador y trocaba las recias ropas marineras por la larga falda y la vaporosa blusa que hablaba de encantos femeninos...



...Bess se dirigía hacia el tocador...

Vestida ya de manera apropiada, Bess se acercó al pescador para agradecerle bondadosamente sus cuidados.



—No vale la pena — dijo él—. Y dígame, ¿cuándo se marcha usted?

A pesar de su bondad, deseaba que aquella mujer abandonase pronto la casa con el miedo de que sus convecinos se vengarán de él.

Ella, entristecida, con ojos melancólicos, contestó:

—Tan pronto como pueda...

—El barco para Boston sale el miércoles — murmuró el marinero con marcada intención.

—Me desollarían viva si volviese otra vez a Boston — respondió, horrorizada.

—Pero la pueden dejar en otro puerto, entretanto...

—¡Eso, tal vez sí! ¡Será lo mejor!

Llegó Anson, quien sentóse tristemente ante una mesa mientras Bess se dirigía a una estancia contigua.

El joven ignoraba lo que tenía que hacer ante aquel grave problema que se planteaba ante él. Por una parte todo el pueblo ponía en entredicho su conducta, mas por

otra, el cumplimiento del deber le decía que no era de caballeros abandonar a una pobre mujercita.

Apareció en el umbral de la puerta la figura delicada y triste de su novia María.

Tenía los ojos enrojecidos, parecía haberse pasado llorando toda la noche. Al verla Anson palideció.

—Anson — le dijo ella, angustiada—. Dime que no es verdad lo que dicen por aquí, de que tú estás enamorado de Bess.

—¿Yo? — respondió el joven, sorprendido—. ¡Qué locura! ¡No creas una palabra! ¡Cómo confunden las almas malas las cosas!

—Entonces, ¿por qué no obedeces a tu tío? El sabe mejor que tú lo que debe hacerse con esa mujer. ¡Abandónala! ¡Que se vaya!

Bess desde la contigua habitación escuchaba. Las lágrimas se agolpaban a sus ojos. ¡Cuánto odio! ¡Era una cosecha que siempre daba sus granos!

—Pero, ¿qué nos ha hecho ella? — su-



plicó Anson—. ¿Por qué la hemos de hundir aún más en el lodo? El deber de todos es crearle una manera de vivir para que no sirva de pasto al pecado.

—Te quitarán la parroquia, Anson. No podrás vivir aquí...

—¿Y me la darán esas almas buenas si abandono a esa desgraciada?

—Claro que sí.

Una sonrisa de amargura contrajo las facciones de él.

—Si esa es la idea que tienes de Dios y de la bondad, por fortuna no es la mía.

—Pero...

—¡Preferiría entonces, creer que no hay Dios! ¡Por fortuna, vosotros, aunque os digáis cristianos, no lo sois! — repuso enérgicamente.

—¡Anson, esa mala mujer te ha hecho perder el juicio! — rugió María quitándose violentamente el anillo de prometida y poniéndolo en las manos de él.

Luego furiosa dejó la casa y quedó un buen rato contemplando el mar, como si

contase a las olas, que nadie sabe por qué rumorean, todo su dolor.

Bess había salido de la barraca de Manuel y se dirigió al encuentro de María.

Los dos mujeres quedaron mirándose frente a frente, Bess con bondadosa tristeza; María con un gesto de rencor en los ojos.

—¡Es usted una loca! — comenzó por decir Bess—. ¡Un hombre la ama a usted y usted lo abandona por dejarse llevar de malas lenguas!

—¡Eso no es cierto! — protestó María—. ¿Y es usted, usted, la culpable de cuanto sucede, la que viene a reprocharme?

—¡Porque yo sé que él la ama con toda su alma! Y si a mí un hombre me amase de tal manera, no me importaría lo que pudieran decir los demás.

—¡No quiero hablar con usted! ¡Hipócrita! ¡Ya ha logrado arrebatarme el amor de mi Anson aunque diga lo contrario! ¡Qué asco, qué asco, Señor!

Y sin escuchar las nuevas súplicas de la



joven alejóse prestamente como si la persiguiera el diablo.

Bess volvió a la barraca de Manuel.

Y aun pasó otro día.

Anson estaba triste. El amaba a María con todo su corazón y aquella injustificada ruptura le producía una pena intensa. Bess lo comprendió así, y, espíritu bondadoso, no queriendo ser un obstáculo para aquella felicidad, decidió marcharse cuanto antes.

Un día Bess dijo con voz lenta a Anson y al viejo pescador:

—Estoy pensando si me admitirían en aquel barco...

Y señaló un barco de vela que se balanceaba a pocas millas del puerto.

Anson no contestó, como si inconscientemente sintiera un gran alivio ante la idea de que ella se marchase. Pero Manuel se apresuró a responder:

—Podemos probar...

—Pero, ¿a título de qué va usted a ir allí? — preguntó Anson.

—Podría cocinar, si no son muy exigentes.

—Pero usted no sabe dónde va ese barco.

—¡Qué importa! Cualquier lugar es bueno para mí.



—...¿a título de qué va usted ir allí?

Manuel sacó del interior de una vasija varias monedas de oro y poniéndolas en manos de Bess exclamó:

—He aquí una forma más segura de ser



admitida a bordo sin hablar de cocina.

Ella no quería admitir el regalo, pero los ruegos de Manuel la decidieron. Alma buena, nunca lo olvidaría.

Decidida ya la marcha, Anson, a quien interiormente le parecía que hacía mal consintiendo en la partida, intentó protestar rogándole que se quedase allí. Pero ella había tomado una resolución irrevocable.

—Muy agradecida, Anson, pero no puedo seguir ya... Y siento en el alma los perjuicios que de modo inconsciente le ha ocasionado mi presencia. Cuando yo esté muy lejos, seguramente que su novia le perdonará... y usted podrá entregarle de nuevo el anillo. Al fin y al cabo, nada ha ocurrido entre nosotros.

Pero él estaba triste. Una voz interior le acusaba de abandonar a su destino a una mujer castigada ya por la vida y sin amparo de nadie. ¿Y él en nombre de la moral y de la caridad la lanzaría hacia el abismo donde apenas nadie puede sostenerse?

La resolución de Bess fué invariable.

Arreglóse ante el tocador y dijo:

—Acompáñeme hasta el barco si quiere. Vamos a partir ya...



...estaba triste...

Y en la lancha de Manuel fueron el viejo pescador, Bess y Anson hacia el barco de airosas velas.





Tuvieron que bogar furiosamente para darle alcance. Casi, casi se les escapó... Finalmente lograron llegar a su costado.

Llamaron a grandes voces y el capitán de la nave, un hombre de aspecto rudo, se asomó a cubierta.

Manuel le gritó:

—¿Qué barco es ese? ¿Adónde va?

—“El Pantera” — respondió el capitán—. Y vamos a Río, donde los ruseños cantan a todas horas.

—Desearíamos hablar con usted...

—Suban.

Lanzaron una escalerilla por la borda y trepando por ella la mujer y los dos hombres llegaron a cubierta.

Manuel sabía que hay cosas que valen más que las palabras. Agitó el saquito de

oro y rogó brevemente al capitán que admitiese en la goleta a la mujer que iba con ellos.

Dos cosas decidieron al capitán en su determinación. La vista del oro, su grato rumor que trae evocaciones de todas las cosas bellas, y luego la belleza escultural de la joven, que alegraría un poco la monotonía del viaje.

—No sería un galante caballero si negase pasaje a la señora — respondió riendo.

Bess sintió un ligero malestar ante los ojos que la devoraban con un interés malsano... ¡Siempre el peligro... siempre los hombres acechando sus pasos como tigres en celo!

Pareció pedir protección a Anson y casi lloró al despedirse del viejo pescador que tan bueno había sido para ella.

Llevado de una inspiración repentina, no queriendo dejar a Bess a su suerte, Anson suplicó al capitán:

—¿Necesita usted un hábil y fuerte marinero, capitán?



El capitán le miró socarrón y midió la anchura de sus brazos y la robustez de sus biceps.

—Lo que tú quieres es estar cerca de mi nueva pasajera, ¿no es verdad? — le dijo en voz baja y con repentina confianza.

—No — contestó el joven, gravemente—. Es que nada me retiene en tierra y yo he nacido para el mar.

—Pues al mar... ¡ea!

Y le dió un fuerte golpe en la espalda.

Ella le miró, conmovida, queriendo que regresase a tierra, pero la resolución de él estaba ya tomada... No, no la abandonaría. Por un momento había escuchado a las sirenas del egoísmo, ahora de nuevo se alzaba ante él la voz de la razón...

Despidióse de Manuel, quien tristemente volvió a su barca... Pobre Anson ¿qué iban a decir de él en el pueblo cuando se enteraran de su huida? Pero en el fondo de su alma, también él creía que el joven había obrado bien al proteger a una mujer.

La goleta reemprendió su marcha y Manuel volvió al pequeño puerto a comunicar la noticia... ¡Anson, tal vez no volviese nunca!

A media tarde, María, atormentada por las noticias que circulaban en todo el pueblo, acerca de que su ex novio había partido hacia el mar, se encaminó a la cabaña del pescador, preguntando, afligida, nuevas noticias sobre ello.

Manuel, apenado, tuvo que confesarle la verdad.

—No llores, pobre niña... El se ha marchado... La voz del mar tiene más atracción para él que la nuestra; que el cariño de los habitantes de Maple Harbour.

—Pero... ¿dónde ha ido... a qué parte del mundo ha marchado?

—No sé... "El Pantera" zarpó rumbo al Sur... fuera del alcance de las rutas conocidas, hacia esos mares donde no se sabe lo que puede ocurrir.

Y María regresó a su pequeño hogar,



considerando definitivamente perdido al hombre que era toda su vida y su amor.

Y mientras, allá, en alta mar, el barco se mecía dulcemente...

Bess y Anson se encontraban sobre cubierta, gozando de la serenidad suave de la noche en el mar.

El la dijo, sonriente, gustoso de haber sacrificado su amor por aquella mujer a la que no quería, pero con la que le unían los lazos inefables de la gratitud:

—Todo esto es una nueva vida que limpia y tranquiliza la conciencia... ¿verdad?

—¡Sí... sí!... — respondió Bess — Y nunca sabrá usted lo que ha hecho por mí. Desde ahora, empiezo a creer de nuevo... Parece que la vida vuelva a tener un sentido, más dulce que hasta ahora.

—Soy feliz escuchándola, Bess. ¿Me promete seguir pensando siempre igual?

—Yo creo que sí...

Pero vieron, de pronto, pasar por cubierta a una docena de hombres en fila india,

amarrados por cadenas, y con las huellas del más atroz sufrimiento en los rostros.

Atemorizados por aquella visión que venía a echar un jarro de agua fría sobre sus entusiasmos de poco antes, se acercaron al segundo oficial de a bordo para que les explicase el significado de aquellos prisioneros.

—Pero... ¿es que no vamos a Río? — preguntó Anson, alarmadísimo.

—No vamos a Río ni mucho menos... Este es un barco de penados — respondió el oficial.

—¿De penados?

Y los dos jóvenes se miraron, horrorizados de ver el lugar donde habían caído... Buscaban paz a sus almas e iban al sitio donde reinaba el infierno.

—¡Pero esto es horrible! — murmuró ella.

—Sí, es un triste cargamento — repuso el oficial—, almas enfermas con destino a las minas de sal de las Islas Blest. El gobierno los envía allí... son condenados.



Asustada Bess se dirigió a su camarote. mientras Anson curioso por ver de cerca el dolor, miró por la boca de la bodega el lugar donde gemían aquellos desdichados.



—...¿es que no vamos a Río?

Eran como los antiguos galeotes... su carne sufría los mismos horrores que los esclavos de la antigüedad.

Estaban en jaulas como fieras dañinas, los pies y las manos encadenados; desnudos de cintura para arriba y constantemente azotados por los guardianes que de otro modo no podían contener sus rugidos y sus protestas de fiera... ¡Oh, si les hubiesen dejado libres! ¡Se habrían cebado sobre sus carceleros hasta vaciarles las entrañas!

Y mientras, el capitán, habiendo encontrado a Bess cuando se dirigía a su camarote, la invitaba a cenar con él.

No consideró la joven conveniente rehusar la invitación del jefe del barco, un hombre fino que sonreía mucho como si quisiera hacer amable la existencia alrededor de ella.

Apenas principiaron a comer, el capitán, insinuante y perverso, pretendió abrazar a la muchacha.

Ella se apartó discretamente...

—¡Oh, no tema! — dijo el capitán, tranquilizándola—. ¡Fué una broma inocente! Estoy muy contento esta noche... Mire,



usted va a encontrar siempre en mí el más alegre compañero...

—¿Siempre? — respondió ella, acordándose de haber visto brillar un momento antes en los ojos del marino un destello pecaminoso.

—No, es cierto, siempre no — repuso el capitán—. Algunas veces estoy triste y necesito jóvenes como usted para recobrar la alegría...

Levantóse y sus brazos se extendieron buscando el contacto de la dulce piel de ella.

—Estoy seguro de que mi palomita entiende — dijo riendo.

Sí; demasiado comprendía Bess... Comprendía que aquel hombre la había acogido en el barco únicamente con el deseo de hacerla suya. Pero esto no sería... no... Su vida sería en lo sucesivo pura y honrada.

De pronto, ella escuchó unos terribles gritos que llegaban hasta allí con un clamor de angustia.

—¿Qué es eso? — preguntó espantada.

—Ya se acostumbrará... Nada de particular... A los galeotes les ponen una marca de fuego en las manos... ¡Su divisa!

Y reía con risa brutal...

Seguían los rugidos persistentes, alargados... y para que no se escucharan, el capitán desenfundó un violín y comenzó a tocar una sonata que en aquel instante resultaba grotesca ante la horrible realidad de los aullidos.

Después cesaron los clamores; los penados, carne de martirio, gemían en voz baja viendo sus manos atravesadas por los hierros candentes.

El capitán pretendió de nuevo acariciar a su palomita, pero la palomita tenía garras y pico de águila.

—¡Cuidado, capitán, cuidado!—protestó.

—Vale más que no me haga resistencia porque si no...

—Conmigo no puede usted jugar, le ruego que no insista en molestarme.

—¿Remilgos aquí? ¡Qué estupidez! ¿No sabes que siempre he tenido una muchacha



para alegrar mis pesados viajes? Mira, voy a enseñarte un álbum de fotografías... Mi colección de mariposas, como yo las llamo.

—Aquí tiene usted una que no formará parte de su colección — respondió enérgicamente ella.

—¡Qué altiva y fuerte! ¡Así es más hermoso luchar con las mujeres! Enardecen más cuando mayor es su resistencia. Así quiero siempre a las mujeres. Que tengan algo de fiera... con besos de fiera... con labios de fiera...

Y reía de modo siniestro, convencido de que la noche presenciaria su canto de amor.

Entretanto "El Pantera" se dirigía hacia el otro confín de la tierra y los cálidos vientos cantaban entre sus alas de plata.

Junto al timón estaban el segundo oficial y Anson. Habían presenciado, indiferente el primero, horrorizado el joven, el tormento de los galeotes.

¡Cuánto dolor llevaban abajo! ¿Por qué consentía el capitán que fuesen azotados de aquel modo?

—El capitán es el que manda... — dijo el oficial—. Además son fieras malditas esos hombres. Y luego, si no obedecen se les echa de cabeza al mar... Es el capitán el amo absoluto de todo... de todos cuantos aquí viajamos.

Estas palabras estremecieron a Anson... Pensó seguidamente en la juventud de Bess y temió que el capitán como todos los hombres brutales y de malos instintos, se sintiera loco de deseo ante una hermosa e indefensa mujer.

—Y mi acompañante... la mujer que iba conmigo... ¿dónde está?

—Tal vez esté cenando con él... Lo hace con todas... Y luego las deja... para no acordarse nunca más de ellas...

—¡Oh, Bess es una mujer honrada y no querrá!...

—Pues yo le aconsejaría que no hiciese resistencia al viejo... porque sino...

—¿Qué quiere decir?

—En el último viaje venía una joven que



le resistió, y allá abajo está con los penados.

—¡Pero eso es horrible!

—¿Qué quiere? Así es con todas...

Anson tuvo el presentimiento de lo que ocurría, y rechazando al oficial que quería calmarle, se encaminó hacia el camarote del capitán.

Oyó ruido, sintió las voces de ella que impetraban auxilio y sin contenerse más entró como un rayo en la cámara.

Vió a Bess que se defendía contra el marino que pretendía besar su cuello desnudo.

—¡Ah, maldito!—rugió el joven—. ¡Sospechaba de usted!

El capitán al verle dejó su presa y se echó a reír... Esperó pacientemente el golpe de Anson y antes de que éste pudiera pegárselo, el terrible puño del amo de la nave derribó cuan largo era al romántico defensor.

—¡Mal... muy mal! — dijo el capitán,

riendo—. ¡Los niños deberían aprender a pegar!

La caída había desvanecido a Anson. La muchacha dió un grito de terror al ver fuera de combate al único hombre que podía protegerla y se arrodilló ante él. ¿Dónde habían ido a parar ellos en su locura? ¿Por qué embarcaron en aquella nave?

—¡Oh, no temas! — dijo el capitán, zumbón—. ¡Todavía no ha muerto!... ¡Ya llegará su hora!...

Llamó a dos marineros ordenándoles se llevasen a la bodega a Anson... Algo les dijo en voz baja y los secuaces del bárbaro sonrieron con sus ojos acostumbrados a la crueldad.

Bess, desesperada, salió de la cámara, dirigiéndose a su habitación sin que el capitán la molestase. Ahora éste bebía un buen vaso de vino... Estaba contento... Primero se libraría de aquel mozo... luego tendría el amor de la esquiva jovenzuela.

Y bebió otra vez buscando nuevas excitaciones a su paladar estragado.



\*\*\*

Anson fué atado a una columna y azotado despiadadamente por dos verdugos que reían...

Las fustas se clavaban vivas en la carne desnuda señalando sus terribles y rojas huellas en la piel.

Anson sufría horrorosamente... ¡Le azotaban como a un cristo!

Los demás galeotes, encerrados en las jaulas, reían canallesamente ante el suplicio de su compañero... Parecían alegrarse de aquel dolor ajeno que mitigaba con una voluptuosidad enfermiza el suyo propio.

Luego le dejaron en tierra... Anson se desvaneció... Las tremendas heridas le impedían moverse.

Bess, aprovechando un descuido de los guardianes, corrió a la bodega y se echó a

llorar al ver el amargo espectáculo que se presentaba ante sus ojos.

Vió a Anson desmayado, con el cuerpo ensangrentado, y una inmensa piedad surgió en forma de lágrimas por él.

—¡Mi pobre amigo... mi pobre amigo!— gimió.

Y como él no volviese en sí, levantóse la falda y arrancándose pedazos de sus finas enaguas, hizo con ellos tiras de vendas y empapándolos en agua lavó las heridas del desdichado.

Los penados reían saltando como locos ante los barrotes de sus jaulas, excitados por la presencia de aquella hermosa mujer cuya vista les hablaba de la belleza de la vida mientras ellos estaban condenados eternamente al suplicio y al dolor.

Algunos la insultaban lanzándola improperios horribles... Eran diablos, diablos sobre cuyas conciencias formaban un lazo de sangre el asesinato y el robo...

Escuchóse de pronto el violín que tocaban las manos crueles del capitán...



Poco a poco, a medida que ella iba vendando las heridas y mojando las sienes de Anson, éste volvió en sí.

Al ver ante él a Bess, la miró con honda compasión.

—¡El mi... serable!... — rugió él.

—No te preocupes, Anson — exclamó ella, tuteándole cariñosamente con la fraternidad del sufrimiento.

—¡Y... yo no puedo hacer nada contra él! — gimió Anson—. ¡No hay remedio, Bess! ¡Te hundirá más y más!

—¡No temas! — exclamó la muchacha con un grito de arrogancia—. ¡Te lo juro por Dios que sabré defenderme!...

Y erguía la cabeza, dispuesta a todo, hasta a morir, antes que consentir un atropello.

La boca desesperada de Anson dejó escapar una horrenda blasfemia.

—¡No hay Dios! — dijo—. ¡Este mundo es del demonio!

Y su mirada se paseó por todas aquellas

gentes que parecían vivir en uno de los círculos del infierno del Dante.

—No es así, Anson; no es así — contestó ella angustiada.

—Sí — rugió un penado—. Somos demonios y llevamos la marca del infierno en la mano.

—¡Demonios... infierno! — gritó Anson—. ¡Es verdad!...

—No es así — volvió a repetir ella sollozante—. ¡Te engañas... amigo mío... te engañas!...

Anson no tuvo fuerzas para seguir hablando. Volvió a caer en un desmayo tranquilo...

Y mientras tales acontecimientos tenían lugar en el barco, allá en la aldea de Maple Harbour María seguía acordándose con dolorosa inquietud del ausente.

—¿No se sabe nada de "El Pantera", Manuel? — preguntó al viejo pescador.

—Nada... ni se sabrá por ahora...

La muchacha exclamó, melancólica:

—Si Anson se acuerda de mí sin odiar-



me, es todo lo que pido... Ahora me doy cuenta de que me he portado mal con él... Y tal vez le he empujado a marcharse.

Nada dijo el pescador, pero fué dando nerviosas chupadas a su pipa, como si pensase lo mismo.

Pasó un día más y "El Pantera" con su cargamento de desventurados se acercaba a las Islas Blest después de un largo viaje.

Cada hombre era un número... cada grillete un hombre...

Anson estaba preso en la bodega aunque libres sus manos y sus pies. Los penados oficiales tenían una suerte más horrible, estaban encadenados e inmovilizados en jaulas de hierro.

Una noche el capitán siniestro y criminal, que había permanecido desde la vez en que pegó a Anson, sin molestar a María, se dispuso a hacer suya a la pasajera.

Furtivamente llegó hasta su camarote y procurando que nadie le viese entró en la habitación a oscuras de Bess.

La muchacha dormía... El la contempló

ensanchando el pecho con una respiración gozosa. Admiró el tesoro de su hombro desnudo.

Bess despertó bruscamente... Vió que alguien estaba en su cuarto y a la luz de la linterna que el capitán había dejado sobre una mesa, contempló ante ella la figura repulsiva del jefe de la nave.

Saltó de la cama y cubriéndose con un vestido señaló la puerta al capitán.

—¡Márchese de aquí! — le gritó—. ¡Salga inmediatamente!

—¡Ja... ja... ja! — dijo riendo el hombre—. Ya no puedes escapárteme... Vas a ser mía antes de que desembarquemos.

—¡Infame, cobarde! — gritó ella, desesperada—. ¡Ya le he dicho a usted que no me tocaría!

Quiso salir pero se estremeció al ver que la llave no estaba en la cerradura. Al entrar, el capitán la había guardado en su bolsillo.

—¿Ves cómo te tengo bien presa? Sí es inútil que resistas, si no podrás... — dijo él



con malvada intención—. Nadie puede venir en tu auxilio... De nadie debes esperar salvación.

Extendió los brazos para aprisionarla entre los suyos, pero ella gritó con toda su alma:

—¡Nunca... nunca!... ¡Prefiero morir!

—No seas tonta — dijo el capitán, socarrón—. Escoje, querida. O yo esta noche, o los guardias de las minas de sal, mañana.

Ahora ella adoptó una actitud de dolor... ¡Tal vez si aquel hombre tuviese un poco de corazón!...

—¿Por qué me atropella usted? — gimió—. ¿Es que no tengo derecho sobre mi persona? ¿Es que no puedo ser una mujer decente?

—Fuera monserjas y sermones ahora...

—Pues no, ya he adelantado bastante por el buen camino para retroceder de nuevo.

—Una sola vez y te dejo ser buena...

—¡No, no, capitán, jamás retrocederé!

—¡A la fuerza!

Se lanzó contra ella como un salvaje, pero

Bess, viendo un cuchillo sobre la mesa, se apoderó de él y amenazó al capitán.

—Si avanza usted, me mato...

La punta del puñal rasgaba su vestido a la altura del corazón.

—No lo harás — gritó, el hombre, cínicco—. ¡Eres demasiado joven para morir!

Lanzóse contra Bess y en la lucha el puñal clavóse en el pecho de la muchacha...

El capitán la miró horrorizado. Bess tambaleóse unos momentos y luego rodó por tierra... En sus ojos había la mirada vi-driosa de la muerte.

—¡Desgraciada! — gritó el feroz sujeto.

Abrió la puerta y llamando a unos marineros ordenó trasladasen a Bess a la bodega. Se moriría pronto... y era preciso arrojarla en seguida al mar.

Los hombres llevaron el cuerpo de Bess a la bodega y allí le dejaron esperando que se apagase definitivamente su vida para echarlo al agua.

El capitán, tranquilo y sin conciencia, dando ya por muerta a Bess, escribió en el



diario de navegación, como si Bess fuese uno de los galeotes:

“Penado número 1313, hembra, perdida en el mar...”

En la bodega, Anson corrió junto al cuerpo agonizante de la muchacha. Loco de dolor la cubrió de besos, logrando que los ojos de ella se abrieran en un instante de lucidez.

—Pero... ¿estás herida?... ¿Qué ha pasado? ¡Habla... habla! — decía.

—No sé... — contestó ella—. No pude resistirle más... y...

Lanzó Anson un grito de horror... ¡Ah, el bandido!

Y salió desesperado hacia cubierta, armado de un palo, dispuesto a descargarlo contra el capitán.

Este paseaba tranquilamente, sin importunarle en lo más mínimo el remordimiento.

Vió a Anson que se dirigía hacia él esgrimiendo un garrote, y temeroso de la venganza de aquel hombre, echó a correr buscando librarse de él.

Comenzó a trepar por la arboladura, deseoso de ocultarse entre el velamen, protegido también por la obscuridad de la noche. Adivinaba en los ojos de Anson un deseo implacable de matar.

Fué saltando por las vergas del palo mayor, siempre perseguido por Anson.

Ya en lo más alto, los dos hombres, enemigos implacables, se encontraron frente a frente y con sed de odio se lanzaron uno contra otro, con el afán de darse muerte.

Los marineros llenaban la cubierta, asombrados por la terrible lucha que se desarrollaba en la elevada punta.

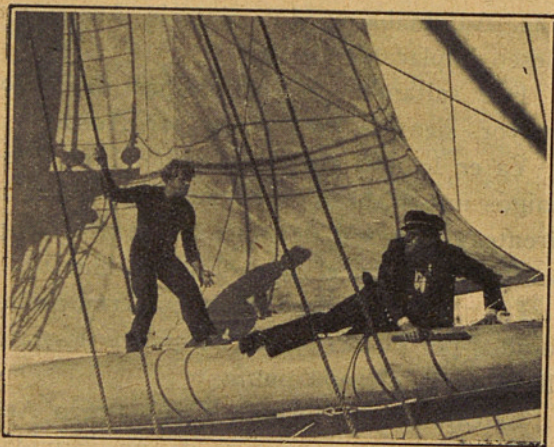
El capitán era fornido y duro, pero Anson no lo era menos. Y de un formidable puñetazo, el joven vengador logró que su implacable enemigo cayera al mar, despedido por la violencia de su puño.

Las olas, alborotadas y negras, tragarón en un siniestro remolino al capitán, que se hundié rápidamente en el fondo.

Descendió Anson, cumplida su venganza, hacia la bodega para explicar a la dul-



ce y bella Bess que el miserable culpable de lo sucedido estaba muerto.



...se encontraron frente a frente...

Y los marineros del barco contemplaron asombrados a aquel hombre que había vencido al capitán, al feroz jefe contra el que nadie se atrevía.

\*\*\*

Un mes después las gentes de Maple Harbour contemplaban desde la playa a una goleta que buscaba un sitio de ataque.

Pedro Anson, María, el pescador Manuel y otros habitantes del pueblo hacían grandes comentarios sobre la aparición de la nave. El barco llegaba con las alas desplegadas y a todo impulso.

Manuel dió un grito al reconocer a la nave:

—Es el barco en que partió Anson — exclamó—. Lo conozco en el velamen.

María contempló emocionada al marinero como si no acertara a comprender aquellas palabras... ¿Era posible?

Pedro rugió con una ferocidad egoísta:

—Yo creía que no se atrevería a volver... ¡Valor y descaro se necesitan!

La nave iba avanzando y pronto las letras de su nombre pintadas en su costado aparecieron ante los asombrados ojos de la



gente... El nombre decía "Bess Morgan".

Un hombre, el joven Anson, apareció en el puente con los brazos cruzados contemplando a la muchedumbre.

Su primera palabra fué para su tío.

—¡Salud, tío!... — le dijo.

Pero don Pedro se sentía indignado... Señalando el nombre que ostentaba la nave, rugió:

—¿Te atreves a insultarnos poniendo el nombre de esa mujer en la proa de tu barco?

—Os traigo a Bess Morgan otra vez — dijo, casi riendo.

—¡Pues vuelve a llevártela y a tu maldito barco también! — rugió su tío.

—Me marcharé... pero antes tenéis que oirme... Ella lo pide... ella, Bess, desde el cielo... Su espíritu es lo único que va conmigo.

Aquellas palabras en entonación solemne ejercieron una gran influencia sobre todas las gentes.

María temblaba. ¡Ay, aquel hombre! Y Anson comenzó a hablar desde el puente

como un apóstol a una tierra prometida.

—Escuchadme...

Y explicó...

Narró lo sucedido la célebre noche en que Bess cayó herida en la lucha con el capitán. Luego como él, el propio Anson, había dado muerte al capitán de la nave echándolo abajo desde la punta más alta del palo mayor.

—Una vez castigado aquel infame — dijo — volví junto a la pobre Bess que estaba muriéndose... En vano intenté consolarla, hablándola de que ya nada debía temer, y que yo la acompañaría a un sitio libre donde pudiese permanecer sin peligro.

"Ella me respondió:

"—Voy a morirme, Anson, pero la muerte no es tan mala como me parecía... Me siento feliz... ¡Oh, Dios... todo se oscurece a mi alrededor!... ¿No rezas por mí?

"Yo no quería rezar, había acabado dudando de Dios y de todo... y permanecía en silencio.

"Y ella que había cerrado los ojos, vol-



vió a abrirlos y me dijo:

"—Reza... reza por mí... y vosotros también, todos los penados...

"Y ella comenzó con voz dulcísima:

"—Dios omnipotente y piadoso... Recibe en tu seno a esta desdichada y concédele tu gracia y tu amor...

"Y cuantos estaban alrededor de ella lloraron y una brillante aureola rodeó la faz de la moribunda.

"Los mismos penados, carne terrible de infierno, se sintieron conmovidos, y algunos toscamente murmuraron oraciones aprendidas de los labios de sus madres... Y yo que había perdido la fe, guiado por la mano de la moribunda Bess Morgan, encontré a Dios y aprendí a rezar...

"Bess murió unos momentos después y los marineros de la nave me reconocieron por capitán.

"Llevé más tarde a los penados a la isla, pero ya no estaban desesperados y locos como antes... Si bien no había yo podido darles la libertad, las palabras de Bess pusieron en su alma el consuelo de la religión.

"Y con los tripulantes del buque me hice luego a la mar... Me llamaron todos "El Capitán Salvación"... La voz del Señor me ordenó surcar los mares y llevar su palabra santa al corazón de todos los hombres.

"Y así lo hago... la sombra de Bess vela por mí... ¡Hombres duros de corazón, no maldigáis la memoria de la dulce criatura."

Calló Anson verdaderamente conmovido, y del inmenso silencio surgió un gran rumor de llanto... Muchas mujeres lloraban... algunos hombres se descubrían respetuosamente en memoria de aquella desdichada mujer que había convertido a la fe a los penados del barco y a los tripulantes endurecidos por la profesión.

Y el mismo tío Anson descubrió su cabeza en homenaje a la mujer a quien tan brutalmente había tratado antes... Levantó los ojos al cielo... ¡Que Dios y ella le perdonasen!

Anson desembarcó y María fué a su encuentro, llorosa, afligida, arrepentida por su anterior proceder.

—¡Perdóname, Anson... te quiero de veras... perdóname!...



Y el joven experimentó una inmensa emoción... ¡Oh, buena y dulce Bess, desde el cielo seguía obrando bien!... ¡Le devolvía el amor de la muchacha que ya creyó perdido para siempre!



La nave iba avanzando...

Su tío acercóse a él y dándole rápidamente la mano, le dijo:

—Yo estaba equivocado, Anson...

No dijo más. Estrechó vigorosamente la piel callosa del nuevo capitán y se alejó a ocultar su pena.

\*\*

Una semana más tarde efectuóse la boda de María y de Anson entre el bullicio de todo el pueblo.

Por la tarde se dirigieron a la nave "Bess Morgan"...

En pleno mar pasarían la luna de miel... Todos fueron a despedirles.

Irían de puerto en puerto llevando a las gentes la buena doctrina del amor y la compasión entre los hombres.

Dios que perdonó a tantos y terribles pecadores, quería también que los hombres se perdonaran sus delitos... ¡Cada uno tenía algo que ocultar en la vida!

El amor era el mejor atributo de Dios.

Jesús nos manda amar a todos... y perdonar... Y "El Capitán Salvación" y su esposa cumplirían el precepto divino con una fe de jóvenes que ofrendan su energía al ideal.

FIN



**Próximo número:**

La comedia dramática

**ALTARES DEL DESEO**

por **Mae Murray** y **Conway Tearle**

En breve, en las

SELECTAS EDICIONES ESPECIALES de  
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA  
**EL CAPITAN SORRELL**

RETENGA USTED ESTE TÍTULO

Uno de los asuntos más humanos presentados en la pantalla Un canto al amor de padre.

Preste atención al cuadro de artistas  
que interpretan esta joya de  
LOS ARTISTAS ASOCIADOS

**H. B. Warner, Alice Joyce, Nils Asther,  
Anna Q. Nilsson, Carmel Myers, etc.**

¡Un éxito más para

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

que sólo publica en sus Ediciones Especiales

**LO MEJOR!**



EB.